Nº 622
9
Mayo
2022
Lunes

Cultura del bienestar

Enrique del Pino

A los años sesenta del siglo pasado se ha convenido en llamar prodigiosos. Entonces yo era un jovencito con mi mochila a cuestas, mi pandilla, mis guateques y mis paseos por el Parque y la calle de Larios, claro es en busca de emociones nuevas y todo eso. Puedo recordar que no fueron malos tiempos. Abrirse a la vida, la que siempre nos espera, es plato de gusto que devoramos con placer. Fue en ese ambiente sureño, brisado por las olas, donde por primera vez, creo, mis sentidos comenzaron a recibir emociones ilusionantes. Sobre todo, nuevas. Sonaban a mi alrededor las palabras como penetradas de tonos desconocidos, que asumía feliz, de la misma manera que las raciones de pescado frito que me llegaban ensartadas en cañas preparadas. Fueron mis primeras experiencias, es la verdad, pero entonces no me daba cuenta. Mi cultura no llegaba a tanto.

Pero poco a poco en el alambique de mi pensamiento fue destilando el torrente recibido y así, con el paso de los años, medité sobre las extrañas nociones que me rodeaban. Eran como frases cortas, recetas, consignas y en todo caso nacidas de una nada que llevaba tiempo dominada por fuerzas ocultas, aunque muy efectivas. «El precio de la libertad», «La religión es cosa íntima y personal», «El trabajo es la lotería de los ricos», «La verdadera cultura es la del bienestar» y otras cuantas del mismo estilo. El revoltijo era impresionante, capaz de enloquecerme. Hasta que caí en la cuenta de que aquel caudal aparentemente tan lozano contenía residuos radiactivos. Fue entonces cuando comprendí que las aguas sucias estaban invadiendo España. Ya se habían cumplido quince o veinte años desde el final de la II Guerra y en el mundo se hablaba de guerra fría, gelidez que, por decirlo sin tapujos, entre nosotros apenas se notaba. Pero el «nuevo lenguaje» estaba ahí y, tras él, la colectiva pretensión de unas fuerzas que si no se llamaban de izquierda actuaban como tales. Nos lo decían en la Facultad, incluso venidos de fuera, como un cantor

de Cúcuta, que despotricaba contra las imperiales ínfulas suramericanas. En fin, que mientras tanto las ideologizadas vanguardias operaban por su cuenta en un país aún sin cicatrizar de sus heridas, las derechas, quiero decir las derechas de entonces, con sus planes para avanzar en paz, que quería decir traer el bienestar a todos los españoles, promovían las juergas y las verbenas cantando el «Dónde vas con mantón de Manila». Lamento decirlo, pero a mí se me había quedado aquello de la Cultura del Bienestar. Qué le voy a hacer.

Y se han sucedido los años y todavía sigo preguntándome qué es eso del bienestar. ¿Lo que tenemos? Si se trata de darle heno a un animal acéfalo para que siga viviendo sin más emblema que entretener un Estado de miseria, donde los únicos que viven bien son los que están enganchados al carro político y social, hemos equivocado el camino. Hemos construido un carro con llantas de hierro que solo avanza cuando los partidos de turno empujan en la dirección que más les conviene. Lo mismo que hacen oídos sordos a una sociedad pasmada, y atribulada, que clama como San Juan en un desierto lejano. ¿Es este el Estado de bienestar que se nos ofrece, la mayor parte de las veces sobre una mesa con tablero de ébano, para que los papeles pasen de mano en mano sin el menor obstáculo? ¡Pero el Estado ese tan bien urdido lleva a la Cultura, y ahí nos hieren con sus dardos envenenados! Porque ese Estado que llaman protector (de ellos) adolece de la patética razón de la Mentira, que, proveniente de fuerzas nunca imaginadas en este país, después de haber sufrido el horror de una guerra civil, llega un advenedizo con andares de película, cuando no con vuelos supersónicos, y se va conociendo el mundo a cachitos, para que cuando le jubilen pueda dedicarse a recordar que en otras partes ya cuecen habas. Sí, ya suenan trompetas que anuncian la nueva Cultura del Bienestar y esas sí que las oyen, si se quiere en la radio pequeñita que reposa en la almohada antes de que les llegue el sueño.

Pero todas las pamemas caen, más pronto o más tarde. Todo el andamiaje carmesí que levantaron los rojos infiltrados durante más de ochenta años presenta enormes grietas, tantas que ya no es posible oír el agua de la lluvia sin sentir que las goteras vayan haciéndose con el palacete que habitan. No puede un país resistir la presión de los plebeyos por tiempo indefinido: un día caen. Entonces urge buscar, y encontrar, un sótano en el que esconderse. Se ve de venir. ¡Cultura del bienestar! ¿Inflación? ¿Paro? ¿Robo enmascarado en un papelote que llaman factura de la luz? ¿Subida de impuestos? ¿Sahara, la traicionada? ¿Ver si queda algo en pie en Kiev, para salir en la tele? ¿Mover otra vez la tragicomedia de las mascarillas, a ver si cuela de nuevo? ¿Reunirse con Feijoo, para dar el pego? A buen seguro que este sujeto (de la oración) no vivió los años prodigiosos de hace más de medio siglo, pero da lo mismo:

el sentido del bienestar permanece a su pesar, está en el corazón de las nobles personas, las que un día se pararon a pensar lo que un argentino (por cierto, cantor comunista pero desencantado) lanzó al mundo, la única receta viable para hacer de la Cultura algo propio, resistente a todos los programas maniqueos, pensados por sicarios pringados. Era la voz de Atahualpa Yupanqui, y sonaba así: «*Porque no engraso los ejes / me llaman abandonao / si a mí me gusta que suenen / pa qué los quiero engrasaos*».

* * *

¿Y a mí quién me espía...?

Manuel Parra Celaya

Protesto. Y además enérgicamente, qué diablos. Me baso en la Declaración de los Derechos Humanos y en la Constitución, que me dicen que todos los hombres somos iguales ante la ley. Y se está comprobando que no es así; me explico: los separatistas de mi tierra claman y protestan, y llegan a amenazar con provocar la caída de este Ejecutivo español al que tanto le deben; el motivo es que dicen haber sido espiados por *Pegasus*, concretamente en las mismas fechas en que ellos se dedicaban a espiar a todo el mundo que no compartía sus anhelos insolidarios.

Para hacer frente a la acusación y para no ser menos, el Gobierno afirma que también fue espiado por el mismo sistema, y, para más inri, en la sacratísima persona de su Presidente entre otros (y otras, añadamos prudentemente). Informaciones varias y surtidas nos dicen que *Pegasus* ha hecho lo propio en otros países. Esto de espiar y ser espiados cualquier día sale en *Sálvame* y lugares así, porque parece que es una moda generalizada...

Esto último puede rebatirse, pues podemos leer que, en la Corte de Castilla, allá por el siglo XIV, se detectaron doce espías franceses, y eso que se conocía todo el mundo y los reyes eran estrictos en prestar su favor a quienes les rodeaban; y la costumbre de espiar ha seguido en todas las épocas y situaciones, pero quizás lo de ahora es más grave, dada la importancia de los quejosos espiados.

Y ahí me duele; porque yo también reclamo el derecho de ser espiado. ¿O es que carezco de importancia alguna y mi papel social se limita a votar cada cierto tiempo y a ser puntual contribuyente de Hacienda? Hago caso a don Pedro Baños (*«En no pocas ocasiones, el espiado aporta voluntaria e inadvertidamente más información de la que se buscaba»;* o *«Lo peor de todo es que nos han convencido de la necesidad de estar permanentemente controlados y vigilados»*) y doy algunas pistas para que *Pegasus* me haga un poco de caso.

Para empezar, mal me pueden espiar por mi teléfono móvil; hago de él un uso muy restringido a propia conciencia. Generalmente, no lo llevo encima, salvo en actividades montañeras (por aquello de la seguridad) o por necesidades perentorias derivadas del orden familiar. Le tengo un poco de manía, y me

horroriza la visión de mis compañeros de autobús o de metro tecleando como desesperados como si les fuera en ello la vida; me dan grima los niños y adolescentes que, a la hora de entrar y salir de sus aulas, ni se miran entre sí, ocupados en enviar y recibir mensajes de quienes están junto a ellos todo el día; y lástima profunda esa pareja de novios que, en lugar de hablar entre sí, mirarse a los ojos o achucharse, como está mandado, están absorbidos en sus respectivos telefonillos… Descarto, pues, que *Pegasus* pueda rastrearme y vigilarme a través de mi *celular*, como dicen mis amigos hispanos (que no *latinos*).

Queda, eso sí, mi ordenador, fácilmente vigilable según el mencionado señor Baños; en él escribo cada semana estos artículos y me comunico, a veces, con amistades lejanas; me descorazona que *Pegasus* no les preste a estos escritos ni una repajolera atención, porque, bien mirado, nunca he faltado a la consideración que merece toda persona, incluso la más detestable, ni he vulnerado las leyes ni hecho apología de actos delictivos; claro que, por otra parte, no me he recatado de expresar mis ideas, y quizás por esta razón sí podría ser detectado como objeto de peligrosidad *metapolítica*. Pero ni por esas…

No he abandonado del todo el correo postal, y lo uso cuando la situación lo merece (pésames y felicitaciones, sobre todo); a lo mejor, una nada sutil censura sí despega cuidadosamente el engomado de los sobres para fisgar su contenido, pero no lo creo. Hoy en día, la censura real existente es más sutil, pero mucho más efectiva, dentro del sistema de *totalitarismo democrático*, pero no me tiene en cuenta; no sé si el señor Elon Musk cambiará el panorama de desatención en que me hallo.

¡Qué envidia me dan los separatistas y los miembros del Gobierno español que son objeto de tanta atención de *Pegasus*! Los primeros se quejan porque creen que les están estropeando su apasionante juego de conculcar el ordenamiento jurídico y romper España, y los segundos, casualmente, porque pueden ser conocidos y aireados sus *secretos oficiales*, cosa que, como es sabido, son tratados ahora con sus inestimables aliados. En todo caso, unos y otros se ven importantes por ser objeto de espionaje. ¿Y los ciudadanos de a pie no lo somos?

A mí no me basta con que mis tarjetas bancarias comuniquen fácilmente mis preferencias a la hora de comprar; que mis datos médicos puedan ser de dominio oficial; que cualquier Administración local, autonómica, nacional o mundial pueda saber de qué color tengo los ojos; eso es espionaje vulgar, común, y no centrado en mi importante persona.

De lo que me quejo, en definitiva, es que nunca saldré en los telediarios ni mi nombre figurará en las primeras páginas de los periódicos como *espiado*: *Pegasus* me desconoce por completo.

* * *

¿Quién será el nuevo Fuentes Quintana?

Jesús Cacho *(Vozpópuli)*

El jueves, Agustín Valladolid traía aquí a colación los Pactos de la Moncloa como recordatorio de lo que un Gobierno responsable fue capaz de poner en marcha en 1977, en uno de los muchos momentos difíciles por los que ha atravesado este país. Producto de un desarrollismo en gran medida descontrolado, la economía española atravesaba entonces graves desajustes que la crisis del petróleo de 1973 no hizo sino agravar hasta poner en riesgo el edificio de la convivencia que de forma tan valiente como esforzada se estaba levantando tras la muerte de Franco. Nadie había sido capaz de tomar medidas correctoras a su hora. Unos porque el dictador vivía sus últimos días y otros, después, porque empeñados en el diseño de una compleja transición no entendían otra música que la política, de modo que cuando el Gobierno de Adolfo Suárez llegó al poder se encontró con una economía que no crecía, una inflación desbocada, unas cifras de paro desconocidas y una balanza comercial en flagrantes números rojos. Fue así como Enrique Fuentes Quintana, un economista de prestigio sin vocación de poder pero con un alto sentido de la responsabilidad, apareció en televisión (cuando TVE se veía en casi todos los hogares) el 8 de julio de 1977, para decirle a los españoles a la hora de la cena que pintaban bastos, que las cosas de la economía iban muy malamente y que había que apretarse el cinturón si el país no quería irse por el desagüe.

«Hoy, en una coyuntura quizá más grave que aquella, nadie desde el Gobierno se atreve a decirle la verdad a los españoles», argumentaba Valladolid. Porque hoy, mucho más que en 1977, habría que pensar en poner en marcha unos nuevos Pactos de la Moncloa en cuanto el personaje que hoy ocupa la presidencia del Gobierno desaparezca de nuestras vidas. Pero unos Pactos de la Moncloa que, a diferencia de los pergeñados por el profesor Fuentes Quintana, no deberían ser solo económicos, o fundamentalmente económicos, sino también políticos. Se ha aludido aquí con reiteración al riesgo de una crisis de deuda más que evidente a consecuencia de un endeudamiento público que se acerca vertiginosamente al billón y medio de euros y que obligará más pronto que tarde, en la coyuntura de subida de tipos y con el freno al programa de compra de deuda soberana por parte del BCE, a un gran acuerdo de consolidación fiscal, un saneamiento de las cuentas públicas, llámenle ajuste, que abra las puertas al crecimiento sostenido y la creación de empleo, única forma de resolver los problemas de fondo de nuestra economía. Pero ese gran acuerdo, esos nuevos Pactos de la Moncloa, no podrán ahora ser solo económicos, sino me atrevería a decir que de forma obligada tendrán que ser esencialmente políticos en razón al deterioro galopante que

sufre nuestra democracia y la pérdida acelerada de prestigio de nuestras instituciones.

Lo ocurrido esta semana es un buen ejemplo del desastre patrio que estamos viviendo. También el jueves compareció ante la comisión de secretos oficiales la directora del CNI, Paz Esteban, que, armada de documentación hasta las cejas, reconoció el espionaje a 18 independentistas con orden judicial como mandan los cánones. Los rufianes «se quedaron blancos», explicaba aquí el viernes Jorge Sáinz. Porque lo preocupante, lo alarmante, lo inacepta ble para cualquier demócrata en su sano juicio es que el CNI no hubiera seguido la pista (con escaso éxito, como se pudo comprobar el 1 de octubre de 2017) de unos señores que pusieron en marcha un golpe de Estado contra la legalidad constitucional, que fueron condenados en juicio con todas las garantías, que después fueron indultados por este Gobierno miserable y que antes, durante y después no se recatan en decir que «ho tornarem a fer». ¿Y quién dio la orden de espiarlos? Conociendo a Paz Esteban, una proba funcionaria que no movería un dedo sin la orden pertinente, la cosa está clara: el presidente del Gobierno. ¿Para proteger a España? No, para negociar con ventaja el apoyo de «la banda» a su Gobierno en 2019. Pero este Gobierno, en lugar de negar la mayor, endosa las acusaciones de los nacionalistas y envía a pedir perdón a Barcelona al ministro de la presidencia, dejando a los pies de comunistas, separatistas y bildutarras una institución tan importante para la seguridad del Estado como el CNI. Insólito en el panorama de los Gobiernos civilizados en el mundo. Aún más grave, permite la entrada en la comisión de secretos oficiales de los enemigos declarados del orden constitucional. Un país y una democracia en manos de sus enemigos.

Siendo difícil subir nuevos peldaños por la escalera de la degradación institucional, más grave si cabe resulta que este Gobierno sacara el lunes a relucir la especie de haber sido él también espiado con Pegasus. Nueva humillación ante el separatismo catalán. Nueva petición de perdón, o quizá reclamo de pura compasión. Nunca habíamos visto a un Gobierno admitiendo haber sido espiado, porque esa asunción pone en evidencia fallos imperdonables en la seguridad del Estado y devalúa hasta el infinito su condición de socio fiable para los servicios secretos de los países amigos. Pero nada es imposible con Pedro. Y todo es más sencillo con Pedro. Pedro arrastra al CNI por el fango para hacerse perdonar por ERC cuyos votos sigue necesitando para agotar la legislatura. Un Gobierno secuestrado por sus socios. ¿Y quién ha espiado a Pedro? Nadie mejor que el propio CNI para saberlo, y quienes saben algo del funcionamiento del Centro lo tienen claro: el vecino del sur. Pero la posición de este Gobierno es tan débil, su fragilidad tan evidente, que Sánchez se tiene

que tragar ese sapo (y los españoles la humillación consiguiente) sin rechistar porque le faltan agallas, primero, y porque acaba de hacer al monarca alauita un regalo de cojones, segundo: nada menos que el reconocimiento de la soberanía marroquí sobre el Sáhara Occidental, un presente que muy probablemente no sea casual y tenga que ver con ese espionaje. ¿Qué número de afrentas futuras tendremos que soportar por parte del sátrapa de Rabat?

Acabaremos sabiéndolo. De momento, lo que sabemos es que el tipo que nos gobierna se ha convertido en un grave peligro para la seguridad del Estado. La degradación institucional es ya total. Nada queda en pie. Muy probablemente Sánchez ofrecerá a ERC la cabeza de Paz Esteban (enorme la ovación que recibió el viernes con motivo del 20 aniversario del CNI), una mujer a la que debería condecorar, y esa será una muesca que los separatistas se apuntarán en su cartuchera y una nueva y definitiva muestra de la debilidad de este Gobierno rehén de sus apoyos parlamentarios, chantajistas dispuestos a exigirle cada día que pasa cesiones más onerosas. Sánchez y su equipo son ya una caricatura de su ineptitud y sectarismo. Un Gobierno en clara descomposición. Un Gobierno que no tiene ya nada que ofrecer a los españoles salvo propaganda. ¿Cuánto puede durar este viacrucis?

«¿Alguien sabe hacia dónde va España? ¿Alguien ve al actual Gobierno gobernando de verdad o simplemente siguen resistiendo?», se preguntaba el miércoles Alberto Núñez Feijóo. Para «resistir en el Gobierno el PSOE ha de bilitado al Estado, exponiéndolo a aquellos que no creen en él», de modo que «lo lógico sería ir a elecciones cuanto antes para revertir el caos en el que vive el Ejecutivo». El líder del PP recogía el sentir de tantos españoles que hoy se preguntan cómo podrá resistir este país la degradación institucional y el deterioro económico que implica soportar a Sánchez hasta el final de la legislatura. El ansia de urnas quedó esta semana patente en las elecciones para la renovación de los nueve miembros electos del Consejo Fiscal. El varapalo sufrido por Dolores Delgado es de los que hacen época. La mayoritaria Asociación de Fiscales consiguió colocar en ese órgano consultivo, en teoría llamado a asesorar a la fiscal general del Estado, la señora de Baltasar Garzón (en realidad el verdadero FGE y ministro de Justicia de este Gobierno), a los seis vocales que propuso, mientras la Unión Progresista de Fiscales de la doña lograba colar apenas dos de los seis propuestos. ¿Resultado? La Lola se va a los puertos o «la que bebe de mi copa» (Garzón dixit) pierde el control del órgano que ha venido utilizando para respaldar el nombramiento de letrados dispuestos a plegarse a los intereses del Gobierno y dar el v/b a sus anteproyectos legislativos. Revolcón sin paliativos.

Es la suerte que espera a Sánchez si hoy, como sería obligado de quedar en él un asomo de responsabilidad, optara por convocar elecciones generales. Sabemos que resistirá hasta el final y a cualquier precio, aunque la situación del país parece ahora mismo tan dramática que se antoja difícil que pueda llegar a finales de 2023. Él puede perfectamente aguantar; España, no. ¿Quién será el Fuentes Quintana que en esta ocasión le diga la verdad al país sobre la situación de la economía y sobre el brutal deterioro institucional provocado por este sujeto? Más que en 1977, España reclama unos nuevos Pactos de la Moncloa capaces de abordar primero la regeneración de nuestra malherida democracia antes incluso que el saneamiento de la economía. Un Fuentes Quintana dispuesto a recordarle a los españoles algunas verdades elementales hoy olvidadas, como que «una familia que insiste en gastar más de lo que ingresa, acabará por agotar sus ahorros y su crédito». Con sensibilidad bastante para percibir que, antes que nada, tal vez España necesite una reconstrucción moral, el restablecimiento de esa serie de valores compartidos que cohesionan una sociedad. La recuperación de la convivencia, por ejemplo, imprescindible para abordar las reformas (esencialmente políticas) capaces de alumbrar un futuro en paz y prosperidad. Un camino difícil que haría necesaria la colaboración estrecha entre izquierda y derecha. Por desgracia, Sánchez ha convertido al PSOE en un erial. Todo será así más difícil, pero no menos urgente. Como dijo Fuentes Quintana en julio de 1977, «a los temas enojosos hay que hacerles frente y cuanto antes, mejor».

* * *

Terminator Pedro Sánchez

«Con sus decisiones últimas, Sánchez pone en riesgo el prestigio de un CNI que había conseguido situarse entre los mejores servicios de inteligencia»

Pilar Cernuda *(El Subjetivo)*

Se ha cargado el prestigio del CNI, se ha cargado el prestigio de la presidenta del Congreso a la que obligó a una maniobra de dudosa legalidad para contentar a sus socios de Gobierno, está haciendo todo lo que puede para cargarse a la ministra de Defensa, aunque Robles aguanta porque tiene principios y no apostata de ellos, se ha cargado la imagen de hombre eficaz que tenía el ministro Bolaños, se ha cargado el poco prestigio que le quedaba a España en el plano internacional después de maniobras que envenenaron las relaciones con países fundamentales para los intereses de España y, lo menos importante, se ha desprestigiado a sí mismo, pero le importa un bledo: solo le interesa continuar en el machito. Pedro Sánchez es un terminator en estado puro.

Los teléfonos ya no se pinchan como antes, de forma pedestre, sino que existen programas muy sofisticados, imposibles de rastrear. Como el famoso Pe-

gasus, creado por una empresa israelí, que supuestamente solo vende a gobiernos. Supuestamente. No es el único sistema invasor, hay otros que obligan a tomarse muy en serio la utilización de un móvil. Porque estos sistemas actuales no escuchan conversaciones, o no solamente, sino que se «apoderan» del teléfono, hurgan en todo lo que ha registrado, y conocen así no solo las conversaciones sino documentos, videos, fotografías, mensajes, qué interesa a su propietario, qué ambientes frecuenta, qué tipo de vida llevan.

Estas explicaciones vienen a cuento porque conviene saber lo sucedido con la intervención de los teléfonos del presidente y la ministra de Defensa, y es posible que de más miembros del Gobierno. Para detectar si un teléfono está «pegaseado» es necesario que un especialista tenga en su mano el aparato supuestamente hackeado y utilice los soportes técnicos que demuestren si ha sido intervenido o está «limpio». Es la razón de que personalidades que quieren moverse sobre seguro entreguen periódicamente sus móviles para ser examinados por las personas adecuadas. Lo hacían miembros del anterior Gobierno, pero los actuales no lo consideraron necesario, a pesar de que hace un año sucedió lo que sucedió y los ministros recibieron instrucciones de sus respectivos departamentos de seguridad. Ni caso. De esos polvos llegan ahora lodos que están haciendo un peligroso daño reputacional a España, agravado por un Gobierno al que le importa poco ese daño, sino buscar chivo expiatorio al que culpar de su ineficacia y su falta de compromiso con el trabajo prioritario de un gobernante: servir a su país.

Primer chivo, la directora del CNI, a la que solo defiende Margarita Robles, que sabe qué es el CNI, lo mucho que le debemos los españoles, y el trabajo que realiza Paz Esteban. Segundo chivo, Alberto Núñez Feijóo, contra el que ha arremetido Félix Bolaños haciendo aún más ridículo que cuando acudió a Barcelona para entrevistarse con una consejera de segundo nivel que le exigía explicaciones que el ministro no podía dar y encima lo trató como a un delincuente, diciéndole que dejara fuera su móvil por si acaso. Gesto con el que quería demostrar que no se fiaba de él. Bolaños, en lugar de marcharse, allí se quedó, aguantando el trato humillante. Luego le vimos en otra escena que provocó estupor, cuando informó de la intervención de los teléfonos de Sánchez y Robles hace un año. Un año. ¿Es que a nadie del Gobierno, con tantos asesores, consejeros y responsables de seguridad en los ministerios, se le ocurrió que había que tomarse en serio el asunto?

La sucesión de despropósitos avergüenzan a cualquiera, sobre todo porque el responsable de esos despropósitos es nada menos que el presidente de Gobierno. Sánchez ha metido en el Gobierno a un partido al que le importa un pito España, y ha elegido como socios a un partido que desciende de una

banda terrorista que estuvo a punto de quebrar España, y a unos independentistas que viven del erario español y así pretenden seguir viviendo. Los peores compañeros que puede elegir un gobernante. Pero además, para impedir que echen para atrás sus iniciativas parlamentarias, acepta lo inaceptable, meterlos en la comisión de secretos oficiales. Con sus decisiones últimas pone en riesgo el prestigio de un CNI que había conseguido situarse entre los mejores servicios de inteligencia y que ahora puede encontrarse con que llega con menos fluidez información de máxima relevancia que compartía con otras agencias internacionales.

Tiene suerte Sánchez de que, más allá de sus socios, hay partidos parlamentarios con sentido de Estado que, en los momentos de máxima gravedad, le echan una mano a pesar de las descalificaciones que reciben por parte del Gobierno. Pero todo tiene un límite. Y estos días el presidente los ha rebasado hasta extremos insoportables.

* * *

Se espía a los malos

Los «guardiolos» pueden derribar al Gobierno y, aunque nadie cree semejante desenlace, son tan burros que lo pueden conseguir

Alfonso Ussía *(El Debate)*

El CNI ha acreditado el espionaje al taponcete de la raza superior y a diecisiete independentistas. Hasta ahora, lógico y necesario. Los Estados están obligados a espiar a sus traidores para conocer de antemano sus planes y movimientos. El problema es que el que ordenó el seguimiento de los «guardiolos» y su ministra de Defensa también han sido objeto de espionajes. La directora del CNI ha mostrado a la Comisión de Secretos Oficiales las correspondientes autorizaciones judiciales. Se ha procedido a espiar legal y legítimamente a un grupo de bocachanclas perfectamente espiables.

Sucede que son socios del Gobierno que les ha espiado y que, ya de espiar, también han espiado al Gobierno. El caso, más que grave y alarmante, se presenta desnudo ante la opinión pública con rotunda ridiculez.

El taponcete y sus «guardiolos» exigen conocer la identidad de los agentes del CNI que han osado espiar a los impulsores, golpistas y finalmente apesebrados –con los indultos y los dineros–, declarantes de la «republiqueta de los siete segundos». No coinciden los historiadores en la duración de la republiqueta. El fugado asegura que fueron nueve los segundos, y que la siempre mentirosa y fascista versión españolista ha hurtado a Cataluña, con la cantinela de los siete segundos, dos segundos de *llibertat* a las cuatro provincias catalanas. Si ello les duele, rectifico encantado, y asumo que la republiqueta se mantuvo vigente durante nueve segundos. Pilar Rahola dice que fueron diez los segundos, pero creo

que la interesante muchacha exagera. Ella es muy de exagerar, y los diez segundos se me antojan excesivos.

Lo que no se hace, y ahora me dirijo a Sánchez, es desobedecer al Tribunal Supremo, contrario a los indultos de los golpistas, indultar a los golpistas, favorecer el flujo económico de los golpistas y, posteriormente, espiarlos. Se me antoja cruel. El CNI es muy escrupuloso al respecto, y se comentan divertidos hallazgos. Que alguno de los «guardiolos» espiados no ha sido sorprendido con las manos en la masa, y sí con las manos en otros lugares más adecuados para otras cosas, entre ellas, las pasiones primaverales. Cataluña siempre fue muy avanzada en esas lides, y después de una breve y agradable temporada en diferentes prisiones, los «guardiolos» lo que necesitaban para el desahogo iba mucho más allá que el gesto de flamear las «estrelladas» o bailar la sardana con sus mujeres.

Y los espiados, y en ese punto tienen toda la razón, se han mostrado indignados por un detalle que no debe pasar desapercibido. Los espías del CNI no se pusieron gabardinas durante su trabajo. Un espía que se precie siempre actúa con la gabardina puesta, el cuello de la misma alzado, gafas de sol, y la mano izquierda en el bolsillo de la elegante prenda acariciando la culata del revólver. Nuestros espías –yo así los considero–, no llevaban ni gabardina ni revólver ni gafas de gol, y eso demuestra la mala fe del CNI. Cuando los primos Alcocer y Cortina planearon la toma del Banco Central, lo hicieron a las claras, y lo primero que compraron, siempre asesorados por Rafael Ansón, fueron las gabardinas. Intentaron dar el golpe limpiamente, a las claras, sin camuflajes. Cuando Mona Jiménez organizaba sus «Lentejas de Mona» invitando a su cuchitril a toda suerte de políticos, economistas y periodistas a tertulias y conferencias, tuvo la gran idea de incluir en la lista de invitados al embajador de Rusia, Serguei Bogomolov. Y Bogomolov, que era un espía de la KGB perfectamente educado y cordial, aunque la convocatoria fuera en junio con el cielo limpio y el sol radiante, se presentaba en casa de Mona Jiménez con una gabardina adquirida en los almacenes Gum de la Plaza Roja de Moscú. Eso es un espía legal, sincero y bien intencionado.

En fin, que los «guardiolos» pueden derribar al Gobierno, y aunque nadie cree semejante desenlace, son tan burros que lo pueden conseguir. Y con otro Gobierno, se van a enterar de lo que es un espionaje de verdad.

* * *

Pinocho Sánchez

Eduardo Inda *(OKdiario)*

Cuando Carlo Collodi puso negro sobre blanco su obra cumbre, *Pinocchio*, no estaba pensando en Pedro Sánchez por la sencilla razón de que al todavía presidente del Gobierno aún le quedaban 90 años para nacer. Pero si fuera contemporáneo suyo, seguro que le hubiera salido una novela

aún mejor de la que nos transportó a un mundo mágico en nuestra niñez. No creo que exista un personaje más inspirador para un cuento que tiene como trasfondo moralizador ese pecado eterno que es la mentira. Por una elemental razón: el inquilino de Moncloa es el tipo más embustero del planeta. Bueno y del universo si es que, como parece, hay vida inteligente más allá de la Tierra. En los demás órdenes de la vida, España es un gigante para un liliputiense como él; en éste él es Gulliver y cualquier otro rival una hormiga insignificante.

Nunca he conocido en política a un sujeto que personifique mejor que el marido de Begoña Gómez la mentira, el embuste, la falacia, la trola, el bulo, la patraña y eso que ahora viene siempre acompañado del neologismo anglosajón fake. La política es últimamente el arte de la mentira en el que vence sistemáticamente el que mejor miente. A nuestro Pinocho patrio lo ha engendrado un Geppetto más inmoral aún que él, un monstruo tricéfalo compuesto por ETA, el independentismo catalán y Podemos. Lo mejor de cada casa: quienes asesinaron a 856 compatriotas, los que perpetraron un golpe de Estado y esos comunistas a los que Maduro ha anegado de dinero para desestabilizar una de las grandes democracias de la Unión Europea.

Escuchando el lunes al lacayo Bolaños anunciar urbi et orbi el pinchazo de los móviles del presidente y de la titular de Defensa, Margarita Robles, con el sistema Pegasus, ya intuimos que era la enésima y no menos patética cortina de humo de una Moncloa que miente como si no hubiera un mañana para defender el fortín. En este caso para desviar la atención del pollo que se había montado con las escuchas a 65 capos golpistas catalanes que finalmente se quedaron en 18 y todas ellas con permiso judicial. De patrañero a patrañero y tiro porque me toca. Este modus operandi les ha salido gratis durante mucho tiempo a los socialcomunistas porque España no es Estados Unidos ni esas naciones protestantes en las que la mentira se paga inevitablemente con la salida del cargo, entre otras razones, porque el nivel de repudio público de esta conducta es similar al del robo o al de la traición. No hay perdón para la falacia.

El problema es que este pájaro nos ha contado tantas trolas que ese Juan Español que empleo como metáfora de los 47 millones de compatriotas ya no le cree ni cuando, por equivocación, una de cada mil veces, sale una verdad de su augusta boca. Esta vez fue mucho más sencillo porque nadie en su sano juicio, menos aún los iniciados en la materia, se cree que los móviles de un presidente y de la ministra ni más ni menos que de Defensa hayan permanecido un año con un spyware empotrado sin que nadie se percatara de ello. Resulta obvio que el teléfono del primer ministro de cualquier país occidental serio se ausculta semanal o, como mínimo, mensualmente. Ocurre con el titular del cargo en Italia, con su homólogo de Reino Unido, con el canciller alemán, con el presidente de la República Francesa y naturalmente con el de los

Estados Unidos. España no es la excepción que confirma una regla que se incumple en Zambia, en Tanzania, en Somalia o en el país más pobre del mundo, Haití, pero no en un estado occidental que, como el nuestro, es la decimotercera economía mundial.

Si nos atenemos a la versión oficial habría que cerrar el Centro Criptológico Nacional y el CNI, botar de inmediato a su decente directora, Paz Esteban, poner de patitas en la calle a la jefa de Seguridad de Moncloa, la eficacísima María Marcos, a Margarita Robles y consecuentemente también a Pedro Sánchez. Porque el Reino de España sería en realidad un país bananero. Hay un dato en el que nadie ha reparado porque la lamentable tónica en los medios españoles es aceptar acríticamente cualquier explicación que dé el poder. Si han tardado un año en descubrir los pinchazos efectuados en «mayo y junio de 2021» eso significaría que Marruecos ha tenido controlados casi un año los mensajes más íntimos de nuestro presidente y de la titular de un departamento tan sensible como es Defensa. Vamos, que el escándalo sería nivel dios, diez veces superior al que nos han presentado.

Pero se coge antes a Pedro Sánchez que a un cojo. Esa mosca cojonera que es y siempre debe ser *OKdiario* tardó 24 horas en trincarle en un nuevo renuncio: nuestro brillante jefe de investigación, Alfonso Egea, publicó un documento del CNI fechado y remitido al Ejecutivo en «julio de 2021» de inequívoco título: «Detección de software Pegasus en dispositivos iPhone [modelo que emplean el presidente y sus ministros]». Conclusión: no hace falta ser el más listo de la clase para colegir que si este mensaje se remite a Moncloa uno y dos meses después del advenimiento de Pegasus es porque los pinchazos se habían detectado. Y si no fuera así, el malware se habría cazado tras el pertinente chequeo posterior de los terminales. ¿Se puede ser más desahogado?

Item más: en el mismo dictamen se exige a los integrantes del Consejo de Ministros que «revisen» sus aparatos y remitan las conclusiones al Centro Criptológico Nacional. Conclusión de la conclusión: lo supieron todo en tiempo real. ¿Se puede ser más desahogado? Por no olvidar otro nada elemental detalle: un Ejecutivo serio jamás admite que le han espiado por mucho que le hayan espiado, básicamente, porque si lo reconoce ni un solo aliado le mandará un whatsapp, un sms, un mail y ningún dirigente extranjero se atreverá a hablar contigo más que del tiempo, del Real Madrid, de Rafa Nadal o Carlos Alcaraz y poco más.

Pedro Sánchez es un mentiroso compulsivo, un enfermo de la mentira, un despreciable embustero. Cuenta con antecedentes en la materia para dar y tomar. A saber:

1.- Las balas enviadas a Marlaska y Pablo Iglesias en plena campaña electoral de Madrid, casualmente cuando veían que las posibilidades de acabar con su bestia negra, Isabel Díaz Ayuso, oscilaban entre cero y ninguna. Un montaje tan burdo como vomitivo. La Justicia archivó la denuncia en tiempo récord y

del asunto jamás se volvió a hablar una vez celebrados los comicios en los que Ayuso les metió un repaso de aquí no te menees. Amenazas a las grandes autoridades de nuestro país llegan prácticamente cada dos por tres: por carta, por mail o en paquetes que contienen desde proyectiles hasta cuchillos, pasando incluso por rudimentarios artefactos explosivos.

2.- La navajita plateá recibida, o más bien presuntamente recibida, por la ministra de Industria en plena carrera a la Puerta del Sol. Reyes Maroto posó ante los medios con la foto de una cheira que por su tamaño parecía el puñal que empleaba Rambo para degollar vietcongs. Luego resultó que era una mininavaja y que el remitente se había identificado y había puesto su dirección porque es un enfermo mental. Otro bulo de la factoría Redondo. El indisimulado objetivo de esta panda de troleros era presentar el Madrid de Ayuso como una región invadida por el fascismo.

3.- Esta chusma también se inventó una agresión homófoba en Madrid. Según su relato, unos neonazis encapuchados rodearon a un gay en el portal de su casa en Chueca y le marcaron un glúteo con la palabra «maricón». Horas y horas de programas de radio y televisión y miles de páginas en los periódicos no impidieron que horas más tarde el denunciante se viniera abajo y admitiera que se lo había inventado todo. El malévolo mito del Madrid fascista se les iba a tomar viento nuevamente.

4.- Otro circo montaron a cuenta del terrible asesinato de Samuel Luiz en Coruña. Hablaron de «homofobia», «xenofobia» y, faltaría más, «fascismo» porque el chico era extranjero y gay. Pero el inicio de la paliza mortal no se produjo por la legítima condición sexual del muchacho sino porque los matones creyeron que les estaba grabando.

5.- Otro bulo gubernamental llegó con el lanzamiento de una granada a un centro de menas en 2019. Redondete y cía señalaron con sus sucios dedos a Vox. Nunca se pudo dilucidar la autoría pero, eso sí, el nombre de los de Abascal quedó manchado por unos facinerosos que conocen mejor que nadie la efectividad del «calumnia que algo queda».

Rezaré todo lo rezable y me dejaré en el empeño la sangre, el sudor y las lágrimas que hagan falta para que Pinocho salga de Moncloa lo antes posible. No podemos vivir en un país en el que desde las alturas se aplica a machamartillo esa máxima goebbelsiana que sostiene que «una mentira mil veces repetida termina convertida en una verdad». La mentira de Estado que con tanta destreza maneja Pedro Sánchez sí que es la antesala y el gran alimento del fascismo. Puro, duro y de verdad porque la ficción acaba convirtiéndose en la realidad y los ciudadanos transformados en vulgares súbditos.

* * *